

A medida que el caos se agrava, la inestabilidad política es ya la norma en Israel

RAMZY BAROUD :: 21/07/2022

Este particular y efímero episodio del régimen de apartheid israelí se ha derrumbado bajo el peso de sus propias contradicciones

El colapso del efímero gobierno israelí de Naftali Bennett y Yair Lapid valida el argumento de que la crisis política en Israel no fue totalmente instigada y sostenida por el exprimer ministro Benjamin Netanyahu.

El gobierno de coalición de Bennett estaba formado por ocho partidos, que unieron posiblemente una de las coaliciones más extrañas de la tumultuosa historia de la política israelí. El gabinete mixto incluía grupos de derecha y extrema derecha como Yamina, Yisrael Beiteinu y Nueva Esperanza, junto con los centristas Yesh Atid y Azul y Blanco, el izquierdista Meretz e incluso un partido árabe, la Lista Árabe Unida (Ra'am). La coalición también contaba con representantes del Partido Laborista, antaño el campo político israelí dominante, ahora casi completamente irrelevante.

Cuando se formó la coalición en junio de 2021, Bennett fue celebrado como una especie de mesías político, que estaba dispuesto a liberar a Israel de las garras del obstinado, egoísta y corrupto Netanyahu. Sin embargo, la confianza en el gobierno de Bennett era errónea. El millonario político era un protegido de Netanyahu y, en muchas ocasiones, parecía situarse a la derecha del líder del partido Likud en diversas cuestiones. En 2013, por ejemplo, Bennett declaró con orgullo: «He matado a muchos árabes en mi vida... y no hay ningún problema con eso.» En 2014, fue muy crítico con Netanyahu por no conseguir los objetivos de Israel en una de las guerras más mortíferas contra los palestinos en la asediada Gaza. Además, el apoyo principal de Bennett proviene del sector más extremo y de extrema derecha de Israel.

Muchos querían ignorar todo esto, con la esperanza de que Bennett lograra desbancar a su antiguo jefe. Esa posibilidad se hizo muy real cuando Netanyahu fue acusado oficialmente en noviembre de 2019 de varios cargos graves de corrupción.

Cuando el gobierno de Bennett y Lapid juró oficialmente el 13 de junio de 2021, parecía que había comenzado una nueva era de la política israelí. Se entendía que los campos políticos de Israel habían encontrado por fin su denominador común. Netanyahu, mientras tanto, estaba exiliado en las filas de la oposición. Sus noticias empezaron a agotarse, especialmente a medida que se hundía en su actual juicio por corrupción.

Aunque algunos analistas siguen culpando a Netanyahu de las diversas crisis sufridas por la coalición de Bennett -cuando Idit Silman dimitió de su cargo el 6 de abril, por ejemplo, dejando al gobierno de coalición con sólo 60 escaños en la Knesset-, hay pocas pruebas de ello. Este particular y efímero gobierno israelí se ha derrumbado bajo el peso de sus propias contradicciones.

¿Habrían sido diferentes las acciones del gobierno que gobernó Israel entre junio de 2021 y junio de 2022 si Netanyahu siguiera siendo el primer ministro? En absoluto. Los asentamientos judíos ilegales siguen creciendo sin obstáculos; las demoliciones de viviendas, el despojo de las comunidades palestinas en Cisjordania y el Jerusalén ocupado, y varios actos rutinarios de agresión israelí contra sus vecinos árabes no han cambiado.

Según datos de la ONU, 79 palestinos fueron asesinados en Cisjordania por el ejército israelí entre junio de 2021 y mayo de 2022. La región de Masafer Yatta, una zona de 36 kilómetros cuadrados situada en las colinas del sur de Hebrón, ha sido designada para su anexión total por el ejército israelí. La expulsión de los 1.200 residentes palestinos de la zona ya ha comenzado.

El primer ministro del régimen israelí Naftali Benet (izquierda) y el ministro de relaciones exteriores Yair Lapid (derecha).

En cuanto a la Jerusalén ocupada, concretamente en el caso de la llamada Marcha de las Banderas, Bennett demostró ser aún más extremista que Netanyahu. Bernard Avishai escribió en *The New Yorker* que, en 2021, «el gobierno de Netanyahu cambió el recorrido de la marcha lejos de la Puerta de Damasco para minimizar la posibilidad de violencia». El «gobierno del cambio» -una referencia a la coalición de Bennett- «reinstauró la ruta, e incluso permitió que más de dos mil activistas nacional-ortodoxos, incluido el miembro de la Knesset del campo nacional extremista Itamar Ben-Gvir» realizaran sus provocadoras «visitas» a Haram Al-Sharif, el Noble Santuario de Al-Aqsa, uno de los lugares más sagrados del Islam.

Esto no quiere decir que un retorno de Netanyahu, tras las elecciones de noviembre, ahora previstas -las quintas elecciones generales de Israel en menos de cuatro años-, sería un cambio bienvenido. La experiencia ha demostrado que, independientemente de quién gobierne Israel, lo más probable es que la actitud política del país, especialmente hacia los palestinos, no cambie.

Si bien es cierto que la política israelí es conocida por ser inestable, esta inestabilidad ha empeorado en las últimas décadas. Desde 1996, el gobierno israelí medio no ha durado más de 2,6 años. Sin embargo, desde abril de 2019 la media se ha reducido drásticamente a menos de un año por gobierno. El argumento de siempre fue que la actitud dominante y polarizadora de Netanyahu era la culpable. El último año, sin embargo, ha demostrado que Netanyahu era un mero síntoma del malestar político preexistente en Israel.

Algunos analistas israelíes sugieren que la crisis política de Israel sólo puede terminar cuando el país instituya reformas electorales y constitucionales. Eso, sin embargo, sería un arreglo superficial; después de todo, muchas de las leyes parlamentarias y electorales de Israel han estado en vigor durante muchos años, incluso cuando los gobiernos eran relativamente estables.

Para que Israel cambie, un lenguaje de paz y reconciliación tendría que sustituir el actual ambiente de incitación y guerra. En la actualidad los políticos israelíes avivan el fuego, compitiendo por su posición [neofascista] y alimentando los cánticos violentos de sus partidarios. Tendrían que transformarse en algo totalmente distinto, algo casi imposible en

la actual atmósfera llena de odio en todo el país.

En una entrevista a *CNN* el ex miembro de la Knesset Yohanan Plesner dijo que el problema es la necesidad de Israel de «reformas electorales y constitucionales, como hacer que cualquier intento de iniciar elecciones anticipadas dependa de una mayoría de dos tercios en el parlamento y modificar la ley actual que exige nuevas elecciones cuando no se aprueba un presupuesto».

Lo que los israelíes se niegan a afrontar es el hecho de que los gobiernos que se basan en circunscripciones de derecha, extrema derecha y extremistas sionistas son intrínsecamente inestables. Incluso si un primer ministro supuestamente centrista o incluso de centroizquierda se encuentra al frente del gobierno, los resultados no cambiarán cuando la Knesset -de hecho, la mayor parte del país- está gobernada por una mentalidad militarista, chovinista y colonial.

Lo más probable es que las crisis políticas de Israel sigan acechando; que se armen coaliciones solo para derrumbarse poco después; y que los políticos continúen moviéndose hacia la derecha incluso mientras dicen ser miembros de otros campos ideológicos. Mientras el caos se agrava, la inestabilidad política de Israel es ahora la norma, no la excepción.

www.monitordeoriental.com

<https://www.lahaine.org/mundo.php/a-medida-que-el-caos>